

C. 1726 Junio

564

Señores.

El conocimiento que tengo de los Sabios
o Profesores que componen esta Ilus-
trac Acadennis, y el de mis pocos o nin-
gunos meritos para obtener lugar en-
tre ellos, me habia mantenido hasta
agui en la justa moderacion de vene-
rar tan sabio cuerpo, sin atreverme
a aspirar jamas a ser uno de sus mi-
embros. Bien sabia lo mucho que
iaia a ganax con la comunicacion
de los discursos, observaciones y descu-
brimientos con que en este templo de
Esculapio se cultiva la Medicina; y
si el deseo de imitarse fuese merito
suficiente para pretender la entra-
da en este templo, desde luego la hu-
biera solicitado, como lo he hecho en

las clases publicas de Botanica, de Quí-
mica, de Anatomia &c.^a porque nunca
me he dedicado de decir que voy á
aprender. Pero como se que las Academi-
as no se han instituido para formar
sabios, sino que los sabios son los que de-
ven formar las Academias, para ade-
lantar y perfeccionar en ellas las ci-
encias que han tomado por objeto de
sus tareas literarias, he creido siem-
pre, que seria sacrificar el interes
particular de mi propia instruccion
al bien publico de que ocupase mi lu-
gar otro Profesor mas capaz de desem-
peñar el objeto de la Academia. Esto
supuesto facilmente se hecha de ver
qual habra sido mi sorpresa al ver-
me por un puro efecto de bondad de
la Academia inscrito en el catalogo
de sus Individuos. Este inesperado nom-

bañamiento me ha llenado igualmente
de agradecimiento que de confusion.
De agradecimiento; porque quanto me-
nos merecido es un favor, tanto ma-
yor es la deuda de la gratitud. De con-
fusion; porque me constituye en una
obligacion, que ni por mi avanzada
edad y quebrantada salud; ni por
mi corto talento e instruccion soy
capaz de desempeñar.

Aborrezco la humildad afectada,
porque la tengo por un genero de hi-
pocresia: asi no callaré, que he te-
nido siempre ambicion de ser un
sabio en mi facultad; que he puesto
quantos medios han estado de mi par-
te para satisfacer mis deseos; y que
no he perdonado gasto ni trabajo
para adquirir nuevos conocimientos
y ponerme á lo menos al nivel de

la Medica mas sabia de España; pero
tambien dire' con la ingenuidad que
amo y acostumbro, que al cabo he llega-
do a conocer la debilidad de todos mis es-
fuerzos; pues el mayor fruto que he
sacado de mis continuas tareas, ha si-
do aprender a dudar a medida que he
adquirido nuevas luces, y llegar a co-
nocer lo mucho que ignoraba y lo que
ignoro. Pero este desengaño, si bien ha
humillado mis altaneras pretensiones,
no ha dexado de traerme mucha uti-
lidad. El que cree que todo lo sabe re-
puxamente ignora mucho. En el
mar inmenso de la naturaleza el
que mas se engolfa encuentra mas
escollos y bajos, y ni le sirve la son-
da en sus abismos, ni en ciertas altu-
ras le guia la aguja de marear, si
no conoce con exactitud los grados g.^o

vanía y declina. La experiencia le ha-
ce cauto, los niegos le enseñan los
numeros que debe tomar para evitar-
los, y si se engolfa, sabe como y por don-
de puede navegar con seguridad, y en
que alturaa deve ir con el mayor tien-
to y precaucion. Al contrario acon-
tece al que solo contempla este vasto
oceano desde la orilla, admira su
grandeza y hermosura, pero no cono-
ce los baxios que oculta en su seno, y
asi se confia incautamente al mar, porq.
ignora los niegos que puede correr.

Lo mismo le sucede al Medico, q.
creido de que conoce a fondo la natu-
raleza del hombre no conoce lo que ig-
nora. La falta de este conocimiento le
hace incauto, y le expone a cometer
mil yerros, que no enmendará jamas,
porque no presume signiexa, que sean

efecto de su ignorancia. El que está satis-
fecho de su ciencia no se afana por ad-
quirir nuevos conocimientos, y nadie
duda de sus opiniones quando no conoce
otras que las de su sistema. Esta vana
satisfaccion es tan perjudicial à la ins-
trucccion del Medico, como à los progne-
sticos de la Medicina, y por esto me doy
por contento, aunque no haya sacado
otro fruto de mi aplicacion, que el co-
nocer mi ignorancia, y saber dudar
de mi ciencia. Lo primero me obliga
à continuar el estudio, y lo segundo
me preserva de la preocupacion. Si el
septicismo empirico es el oxo buio de la
Medicina, el septicismo racional es su
mayor apoyo. El Medico que de todo du-
da procede à tientas, y el que no duda
de nada obra con temeridad. Solo el q.
sabe como y quando debe dudar es el q.

se resuelve con cordura. Dos son los escollos en
que veo que mas generalmente se tropieza
en la Medicina: el uno es el de adoptar
ciegamente todas las novedades, y el otro
el de despreciarlas absolutamente todas.

Si los progresos de la Medicina se estan-
caxon en los antiguos, ni todos los modern-
os son capaces de adelantarla o refor-
marla. Las ciencias naturales se per-
ficionan a medida que se cultiva mas
el estudio de la naturaleza. De este
modo fundaron la verdadera Medici-
na los Hipocraftes, los Aretes, los
Galenos &c. y si contaron despues sus
progresos los sistemas de los Peripateti-
cos, de los Quimicos, de los Humoristas, de
los Mecanicos &c. hasta llegar a hacer
olvidar sus verdaderos principios; han
sabido en este siglo restituirla a su pri-
mitivo esplendor los Sydenhams, los

Insanti, los Pringle, los Stoll &c.^a que si-
guiendo las huellas de los Padres de la
Medicina, no han adoptado mas siste-
ma que el de averiguar la ley de la
naturaleza y observar escrupulosamen-
te sus fenomenos. Podemos pues decir, q.
tenemos una regla cierta e infalible pa-
ra decidir que novedades debemos admi-
tir en la Medicina, y quales debemos
rechazar. Aquellas que en vez de fundar
sus opiniones en las leyes de la natu-
raleza, pretenden sujetar la natura-
leza à sus opiniones, por de contado de-
ven despreciarse, como abortos de una
imaginacion acalorada; pero las que
apoyadas en repetidas observaciones y
experiencias, han avanzado, por decir-
lo asi, à la naturaleza sus secretos,
merecen toda acogida, como propios
para el adelantamiento e ilustracion

de la Medicina. De uno y otro no ha da-
do ejemplos la Quimica. Mientras que
ha pretendido componer con sus supues-
tos elementos todas las partes de nues-
tro cuerpo, mientras ha querido sujetar
las acciones de nuestra maquina á las
leyes de su laboratorio, mientras se ha
empeñado en descubrir los principios y
propiedades medicas de los cuerpos na-
turales violentandolos con el fuego, lejos
de ser de ciencia auxiliar á la Me-
dicina, ha atrasado un siglo sus pro-
greso, introduciendo un sistema imagi-
nario en la teoria medica, llenando
la practica de ideas erroneas suma-
mente perjudiciales á la curacion de
los enfermos, y corrompiendo la mate-
ria medica con virtudes ficticias de mu-
chos simples, y con extravagantes com-
puestos. Pero despues que los Quimicos mo-
dernos han tomado el verdadero camin

no de la mas exemplar analisis y sin-
tesis para explicar los secretos y reve-
lar los misterios de la naturaleza, des-
pues que han sabido descomponerlos en
expos. sin alcanzar sus principios, despues
que con esta exactitud han indagado la
naturaleza de muchas partes solidas y
fluidas de nuestro cuerpo, debemos confe-
sar, que si fue mucho el mal que antes
hiciéron á la Medicina, no es menor el
bien que le han hecho despues, y que
debemos esperar que en adelante le
hagan.

Siguiendo, pues, esta regla para ju-
gar de la utilidad de los nuevos descu-
brimientos, solo puede quedarnos la
duda nacional de en que circunstan-
cias, y baxo que condiciones y modifi-
caciones debemos adoptarlas, para repe-
tir con seguridad los mismos experi-
mentos; pues en determinando esto, es

tamos seguros de que suatixan los mis-
mos efectos; porque la Medicina es una
misma para todas las clima. y naciones,
como lo han sido y sean las inalte-
rables reglas que nos ha dexado el
immortal Atipocnate.

La exposicion que acabo de hacer
à V. S. de mis contos adelantamiento
en la Medicina, creo que bastará pa-
ra que conozcan, quan distante estoy
de poder engrandecer y perfeccionar esta
ciencia, que es lo mismo que decir, de
poder desempeñar los grandes objetos
de esta Ilustre Academia: Asi, en vez
de hablar como Académico, quando me
atreva à llamar la atencion de este
Sabio cuerpo, lo haré como un Medi-
co particular que viene à consultarle
en sus dificultades, seguro de que à nin-
guna parte puede recurrir mejor pa-
ra salir de ellas. Bien sé que con es-

no desempeñaré mi obligación; pero sino
alcanzo á mas, no podrá la Academia
culparme de que yo la haya engañado;
pues V. E.^a con los que se han engañado
en elegirme por Socio, y por lo mismo
espero que sean mas benignos en di-
simular mis defectos.

Madrid 23 de Junio de 1796.

Juane Bonells.